

EL CAMINO DEL REY, ABIERTO Y DESPEJADO

Volumen 1 – Sermón No. 293

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 8 DE ENERO DE 1860,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EXETER HALL, STRAND**

***“Ellos dijeron: Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa”
Hechos 16:31***

Recordarás que cuando los hijos de Israel se establecieron en Canaán, Dios ordenó que se separaran ciertas ciudades que se llamarían Ciudades de Refugio, para que a ellas pudiera huir el homicida en busca de seguridad. Si mataba a otro por sorpresa y sin alevosía, podía huir de inmediato a la Ciudad de Refugio, y si podía entrar por sus puertas antes de que el vengador de la sangre lo alcanzara, estaría seguro.

Nos dicen los rabinos que una vez al año, o más a menudo, los magistrados del distrito solían inspeccionar los altos caminos que conducían a estas ciudades, recogían cuidadosamente todas las piedras y tomaban las mayores precauciones posibles para que no hubiera piedras de tropiezo en el camino que pudieran hacer caer al pobre fugitivo, o que pudieran de alguna manera impedirle en su apresurado camino.

Oímos, además, y creemos que la tradición se basa en hechos reales, que a lo largo de todo el camino había postes con la palabra "Refugio" escrita de forma muy legible, de modo que cuando el fugitivo llegaba a un cruce, no tenía que preguntarse ni por un momento cuál era la vía de escape, sino que, al ver la conocida palabra "Refugio", seguía su camino sin aliento y de cabeza hasta que entraba en el suburbio de la Ciudad Refugio, y entonces estaba completamente a salvo.

Ahora, hermanos míos, Dios ha preparado para los hijos de los hombres una Ciudad de Refugio, y el camino a ella es por la fe en Cristo Jesús. Sin embargo, es necesario que muy a menudo los ministros de Cristo inspeccionen este camino, para que no haya piedras de tropiezo en el camino del pobre pecador.

Me propongo esta mañana recorrerlo y, con la gracia de Dios, eliminar cualquier impedimento que Satanás haya puesto en el camino, y que Dios me ayude para que esta

encuesta sea de beneficio espiritual para todas vuestras almas, para que cualquiera de vosotros que haya tropezado en el camino de la fe pueda ahora armarse de valor y correr alegremente hacia adelante, esperando aún escapar del feroz vengador de vuestros pecados.

Bien puede el ministro tener cuidado de mantener el camino de la fe despejado para el pecador que busca, pues ciertamente el pecador tiene un corazón pesado que llevar, y debemos hacer el camino tan despejado y tan suave como podamos. Debemos hacer senderos rectos para los pies de estas pobres almas ignorantes. Deberíamos esforzarnos por echar cargas de promesas en todos los lodazales que atraviesan el camino, para que sea un camino real, y pueda ser seguro y fácil de transitar para esos pies cansados que tienen que llevar un corazón tan pesado.

Además, debemos recordar que el pecador creará suficientes escollos para sí mismo, incluso con nuestro mayor y más escrupuloso cuidado para eliminar cualquier otro que pueda estar naturalmente en su camino. Porque ésta es una de las tristes locuras de la pobre alma abatida, que estropea su propio camino.

Tal vez hayan visto alguna vez la locomotora recién inventada en las calles, la locomotora que destroza su propio camino y luego lo vuelve a recoger. Ahora bien, el pecador es exactamente lo contrario de eso, echa a perder su propio camino ante sí mismo, y luego lleva tras de sí todo el fango y la suciedad de sus propios percances. Pobre alma, arroja piedras delante de sí, corta valles y levanta montañas en su propio camino. Bien pueden, pues, los ministros tener cuidado de mantener despejado este camino.

Y permítanme añadir que hay otra razón de peso. Detrás de él viene el furioso vengador de la sangre. ¡Oh, qué veloz es! Ahí está Moisés armado con toda la ira de Dios, y la muerte siguiéndole de cerca, un jinete montado en su caballo blanco, y tras la muerte viene el infierno con todos los poderes y legiones de Satanás, todos sedientos de sangre y rápidos para matar. Enderezad el camino, oh ministros de Cristo, allanad las montañas, ocupad los valles, pues se trata de una huida desesperada, esta huida del pecador de sus feroces enemigos hacia la única Ciudad de Refugio: la expiación de Jesucristo.

He dado así las razones por las que me siento obligado en espíritu a hacer esta encuesta esta mañana. Ven, oh Espíritu, el Consolador, y ayúdanos ahora, para que toda piedra sea arrojada del alto camino al cielo.

El camino al cielo, hermanos míos, es por la fe en Cristo Jesús. No es por las buenas obras que puedes ser salvado, aunque es por las malas obras que serás condenado si no pones tu confianza en Cristo. Nada de lo que hagas puede salvarte. Aunque después de ser salvos será su delicioso privilegio andar en los caminos de Dios, y guardar Sus mandamientos, sin

embargo, todos sus propios intentos de guardar los mandamientos previos a la fe, no harán sino hundirlos más profundamente en el fango, y de ninguna manera contribuirán a su salvación.

El único camino al cielo es por la fe en Cristo. O para hacerlo aún más claro, como dijo el campesino, sólo hay dos pasos al cielo: de uno mismo a Cristo, y luego, de Cristo al cielo. La fe se explica sencillamente como confiar en Cristo. Me parece que Cristo me ordena que crea en Él, o que confíe en Él. Siento que no hay ninguna razón en mí mismo por la que se me permita confiar en Él. Pero Él me lo ordena. Por lo tanto, totalmente aparte de mi carácter o de cualquier preparación que sienta en mí mismo, obedezco el mandato, y me hunda o nade, confío en Cristo.

Ahora bien, eso es fe: cuando con los ojos cerrados a toda evidencia de esperanza en nosotros mismos, damos un salto en la oscuridad directo a los brazos de un Redentor Omnipotente. A veces se dice en las Escrituras que la fe es apoyarse en Cristo, echarse sobre Él, o, como solían decirlo los antiguos puritanos (usando una palabra un tanto dura), es recostarse sobre Cristo, apoyar todo el peso sobre Su cruz, dejar de sostenerse por la fuerza del propio poder, y descansar enteramente sobre la Roca de las Edades.

Dejar el alma en manos de Jesús es la esencia misma de la fe. La fe es recibir a Cristo en nuestro vacío. Hay Cristo como el conducto en el mercado. Como el agua fluye de las tuberías, así la gracia fluye continuamente de Él. Por la fe traigo mi cántaro vacío y lo sostengo donde fluye el agua, y recibo de su plenitud, gracia por gracia. No es la belleza de mi cántaro, ni siquiera su limpieza lo que sacia mi sed, es simplemente sostener ese cántaro en el lugar donde fluye el agua. Yo no soy más que la vasija, y mi fe es la mano que presenta la vasija vacía a la corriente que fluye.

Es la gracia, y no la cualificación del receptor, lo que salva el alma. Y aunque yo sostenga ese cántaro con mano temblorosa, y mucho de lo que busco se pierda por mi debilidad, sin embargo, si el alma es sostenida por la fuente, y una sola gota cae en ella, mi alma es salva.

La fe es recibir a Cristo con el entendimiento, y con la voluntad, sometiéndole todo, tomándole por mi todo en todo, y aceptando no ser en adelante nada en absoluto. La fe es dejar la criatura y venir al Creador.

Es mirar fuera de mí mismo y ver a hacia Cristo, apartando por completo la vista de cualquier cosa buena que esté aquí dentro de mí, y mirando para siempre a esas venas abiertas, a ese pobre corazón sangrante, a esa cabeza coronada de espinas de Aquel a quien Dios ha puesto "como propiciación por nuestros pecados, y no por nuestros pecados solamente, sino por los pecados de todo el mundo".

Bueno, habiendo descrito así el camino, ahora vengo a mi verdadera tarea de quitar estas piedras.

1. Un impedimento muy común en el camino del alma que desea ser salva, es el recuerdo de su vida pasada. "Oh," dice el pecador, "no me atrevo a confiar en Cristo, porque mis pecados pasados han sido de un tinte inusualmente negro. Yo no he sido un pecador común, sino que he sido uno escogido del rebaño, un verdadero monstruo en el pecado. He tomado el grado más alto en la universidad del diablo, y me he convertido en un maestro de Belial. He aprendido a sentarme en el asiento de los escarnecedores, y he enseñado a otros a rebelarse contra Dios".

Ah, alma, yo sé muy bien lo que es este impedimento, porque una vez se interpuso en mi camino, y muy penosamente me molestó. Antes de pensar en la salvación de mi alma, soñaba que mis pecados eran muy pocos. Todos mis pecados estaban muertos, como yo imaginaba, y enterrados en el cementerio del olvido. Pero esa trompeta de convicción que despertó mi alma para pensar en las cosas eternas, hizo sonar una nota de resurrección para todos mis pecados, y ¡oh, cómo se levantaron en multitudes más incontables que las arenas del mar!

Ahora veía que mis mismos pensamientos bastaban para condenarme, que mis palabras me hundirían más abajo que el más bajo infierno, y en cuanto a mis actos de pecado, ahora empezaban a ser un hedor en mis fosas nasales, de modo que no podía soportarlos.

Recuerdo el tiempo en que pensaba que prefería ser una rana o un sapo a haber sido hecho hombre, cuando consideraba que la criatura más inmunda, la más repugnante y despreciable, era mejor que yo mismo, pues había pecado tan grave y tan gravemente contra Dios Todopoderoso.

Ah, hermanos míos, puede ser que esta mañana sus viejos juramentos estén resonando desde las paredes de su memoria. Recuerdas cómo has maldecido a Dios, y dices: "¿puedo, me atrevo a confiar en Aquel a quien he maldecido?". Y tus viejas lujurias se levantan ahora ante ti, los pecados de medianoche te miran fijamente a la cara, y fragmentos de la canción lasciva se gritan al oído de tu pobre conciencia convicta. Y todos tus pecados, al levantarse, gritan: "¡Apártate, maldito! ¡Apártate! ¡Has pecado fuera de la gracia! ¡Eres un condenado! ¡Apártate! No hay esperanza, no hay misericordia para ti".

Ahora, permíteme, en la fuerza y en el nombre de Dios, quitar esta piedra de tropiezo de tu camino. Pecador, te digo que todos tus pecados, aunque no sean muchos, no pueden destruirte si crees en el Señor Jesucristo. Si ahora te arrojas simplemente sobre los méritos de Jesús, "Aunque tus pecados fueren como la grana, vendrán a ser como blanca lana". Sólo cree.

Atrévete a creer que Cristo es poderoso para salvar perpetuamente a los que por Él se acercan a Dios. Tómenle la palabra y confíen en Él.

Y tienes una garantía para hacerlo, pues recuerda que está escrito: "La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado". Se te ordena que creas; por tanto, aunque nunca hayas sido un pecador tan malo, el mandamiento es tu garantía; oh, que Dios te ayude a obedecer el mandamiento.

Ahora, tal como eres, arrójate sobre Cristo. La dificultad no es la grandeza del pecador, sino la dureza del corazón del pecador. Si ahora eres consciente de la culpa más terrible, tu culpa se convierte en nada a los ojos de Dios cuando ve la sangre de Cristo rociada sobre ti.

Te digo más, aunque tus pecados fueran diez mil veces más numerosos que ellos, la sangre de Cristo es capaz de expiarlos todos. Sólo atrévete a creerlo. Ahora, por una fe aventurada confía en Cristo. Si tú eres el más enfermo de todos los desdichados que alguna vez este divino Médico intentó curar, mucha más gloria para Él. Cuando un médico cura a un hombre de un pequeño dolor de dedo o de una pequeña enfermedad, ¿qué mérito tiene? Pero cuando cura a un hombre que está completamente enfermo, que se ha convertido en una masa putrefacta, entonces hay gloria para el médico. Y así será para Cristo cuando te salve.

Pero para quitar este bloqueo del camino, de una vez por todas. Recuerda, pecador, que todo el tiempo que no crees en Cristo, estás añadiendo a tu pecado este gran pecado de no creer, que es el mayor pecado del mundo. Pero si obedeces a Dios en este asunto de poner tu confianza en Cristo, la propia Palabra de Dios te garantiza que tu fe será recompensada, y encontrarás que tus pecados, que son muchos, te son todos perdonados.

Al lado de Saulo de Tarso y de ella, de quien fueron arrojados siete demonios, estarás un día. Con el ladrón cantarás al amor divino, y con Manasés te regocijarás en Aquel que puede lavar los crímenes más inmundos.

Oh, ruego a Dios que haya alguien en esta gran multitud hoy, que pueda estar diciendo en su corazón: "Señor, usted me ha descrito. Siento que soy el pecador más malo de cualquier lugar, pero me arriesgaré, pondré mi confianza en Cristo y sólo en Cristo". Ah, alma, que Dios te bendiga, eres una aceptada. Si puedes hacer esto esta mañana, yo seré el rehén de Dios para que Él sea fiel a ti y fiel a Su Hijo, pues nunca ha perecido un pecador que se haya atrevido a confiar en la preciosa sangre de Cristo.

2. Ahora permítanme tratar de levantar y expulsar otra piedra de tropiezo. Muchos pecadores despiertos están turbados debido a la dureza de su corazón y a la falta de lo que piensan que es verdadera penitencia. "Oh", dice, "yo puedo creer que, por muy grandes que sean mis pecados, pueden ser perdonados, pero no siento la maldad de mis pecados como

debería...".

***"Mi corazón qué terriblemente duro es;
¡Qué pesado yace aquí!
"Pesado y frío dentro de mi pecho,
como un bloque de hielo."***

"No puedo sentir," dice uno, "no puedo llorar, he oído del arrepentimiento de otros, pero yo parezco ser como una piedra. Mi corazón está petrificado, no temblará ante todos los truenos de la ley, no se derretirá ante todos los cortejos del amor de Cristo."

Ah, pobre corazón, este es un tropiezo común en el camino de aquellos que realmente buscan a Cristo. Pero permítame hacerle una pregunta. ¿Lees en alguna parte de la Palabra de Dios que a los que tienen el corazón duro no se les manda creer? Porque si usted puede encontrar un pasaje como ese, lamentaré mucho verlo, pero entonces podré excusarlo por decir: "No puedo confiar en Cristo porque mi corazón es duro". ¿No saben que la Escritura dice así? "Todo el que cree en él no perecerá, sino que tendrá vida eterna".

Ahora, si crees, aunque tu corazón nunca sea tan duro, tu creer te salva, y lo que es más, tu creer todavía ablandará tu corazón. Si no puedes sentir tu necesidad de un Salvador como quisieras, recuerda que cuando tengas un Salvador comenzarás entonces a descubrir más y más cuán grande era tu necesidad de Él.

Pues yo creo que muchas personas descubren sus necesidades al recibir la oferta. ¿Nunca han caminado por la calle y, al mirar el escaparate de una tienda, han visto un artículo y han dicho: "Vaya, es justo lo que quiero"? ¿Cómo lo sabes? Pues porque lo has visto y lo has querido. Y yo creo que hay muchos pecadores que cuando oyen acerca de Cristo Jesús son llevados a decir: "Eso es justo lo que yo quiero". ¿No lo sabía antes? No, pobre alma, no hasta que vio a Cristo.

Encuentro que mi sentido de necesidad de Cristo es diez veces más agudo ahora que antes de encontrar a Cristo. Entonces pensaba que lo quería para muchas cosas, pero ahora sé que lo necesito para todo. Pensaba que había cosas que no podía hacer sin Él, pero ahora descubro que sin Él no puedo hacer nada.

Pero tú dices: "Señor, debo arrepentirme antes de venir a Cristo". Encuentra tal pasaje en la Palabra si puedes. ¿No dice la Palabra? "A éste exaltó Dios con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados". ¿Acaso uno de nuestros himnos no traduce ese versículo en rima y lo expresa así?

***"La verdadera creencia y el verdadero arrepentimiento.
Toda gracia que nos acerque sin dinero,
Venid a Jesucristo, y comprad".***

Oh, estas gracias no son del curso de la naturaleza. No podemos hacerlas en el telar de la criatura. Si quieres conocer tu necesidad de Cristo, tómallo ahora por fe, y el sentido y el sentimiento te seguirán en la retaguardia. Confía en Él ahora para todo. Atrévete a confiar en Él. Por duro que sea tu corazón, di: "Tal como soy, sin una súplica, pero que Tú me mandas, y me ordenas venir, vengo a Ti". Tu corazón se ablandará al ver a Cristo, y el amor divino se te encomendará tan dulcemente, que el corazón que los terrores no podían conmovier será disuelto por el amor.

Entiéndanme, mis queridos oyentes. Quiero predicar de la manera más amplia posible esta mañana la doctrina de que somos justificados sólo por la fe, que al hombre se le ordena creer, y que completamente aparte de cualquier cosa en el hombre, el hombre tiene derecho a creer. No por ninguna preparación que sienta, ni por nada bueno que discerna en sí mismo, sino que tiene derecho a creer simplemente porque se le ordena creer, y si, confiando en el hecho de que se le ordena, Dios el Espíritu Santo lo capacita para creer, esa fe seguramente salvará el alma, y lo libraré de la ira venidera. Permítanme retomar, entonces, esa piedra de tropiezo acerca de la dureza de corazón.

Oh, alma, confía en Cristo y tu corazón se ablandará. Y que Dios el Espíritu Santo te capacite para confiar en Él, con corazón duro y todo, y entonces tu corazón duro pronto se convertirá en un corazón de carne, y amarás a Aquel que te ha amado.

3. Ahora, una tercera piedra de tropiezo. "Oh", dice alguna pobre alma, "no sé si creo o no, señor. Algunas veces creo, pero oh, es tan poca la fe que tengo, que no puedo pensar que Cristo pueda salvarme". Ah, ahí estás otra vez, ves, mirándote a ti mismo. Esto ha hecho que muchos tropiecen y caigan. Ruego a Dios que pueda quitar esto de tu camino.

Pobre pecador, recuerda que no es la fuerza de tu fe lo que te salva, sino la realidad de tu fe. Es más, ni siquiera es la realidad de tu fe lo que te salva, sino el objeto de tu fe. Si tu fe se fija en Cristo, aunque parezca en sí misma una línea no más gruesa que una tela de araña, sostendrá tu alma a través del tiempo y de la eternidad.

Porque recuerda, no es el grosor de este cable de fe, es la fuerza del ancla la que imparte fuerza al cable, y así sostendrá tu barco en medio de la más temible tormenta.

La fe que salva al hombre es a veces tan pequeña que el hombre mismo no puede verla. Un grano de mostaza es la más pequeña de todas las semillas, y sin embargo, si tienes esa cantidad de fe, eres un hombre salvo.

Recuerden lo que hizo la pobre mujer. No vino y tomó la persona de Cristo con su mano, no echó sus brazos alrededor de Sus rodillas, sino que extendió su dedo, y entonces, no tocó los pies de Cristo, ni siquiera Sus vestiduras; sólo tocó el deshilachado, el fleco de Su vestidura, y fue sanada. Si tu fe es tan pequeña como esa, busca obtener más de ella, pero recuerda que te salvará.

Jesucristo mismo compara la poca fe con un lino humeante. ¿Acaso arde? ¿Hay fuego? No, no hay más que un poco de humo y eso es muy ofensivo. "Sí", dice Jesús, "pero no lo apagaré". De nuevo lo compara con una caña cascada. ¿Para qué sirve? Está quebrada, no puedes sacar música de ella, no es más que una caña cuando está entera, y ahora es una caña magullada. ¿Rómpela, rómpela, tírala? "No", dice Él, "no romperé la caña cascada". Ahora, si esa es la fe que tú tienes, la fe del pábilo humeante, la fe de la caña cascada, tú eres salvo.

Tendrás muchas pruebas y muchos problemas para ir al cielo con tan poca fe como esa, pues cuando hay poco viento en un barco, hay que tirar mucho del remo, pero aun así habrá viento suficiente para desembarcarte en la gloria, si simplemente confías en Cristo, aunque esa confianza sea muy débil. Recuerda que un niño pequeño pertenece a la raza humana tanto como el más grande gigante, y así, un bebé en gracia es tan verdaderamente un hijo de Dios como lo es el Señor Gran-Corazón, que puede luchar contra todos los gigantes en el camino.

Y puedes ser tan heredero del cielo en tu pequeñez, en la infancia de tu gracia, como lo serás cuando te hayas convertido en un cristiano adulto, y llegues a ser un hombre perfecto en Cristo Jesús. No es, te digo, la fuerza de tu fe, sino el objeto de tu fe. Es la sangre, no el hisopo, no la mano que hiere el dintel, sino la sangre la que asegura al israelita en el día en que pase la venganza de Dios. Que esa piedra de tropiezo sea quitada del camino.

4. "Pero", dice otro, "a veces pienso que tengo un poco de fe, pero tengo tantas dudas y temores. Todos los días me siento tentado a creer que Jesucristo no murió por mí, o que mi creencia no es genuina, o que nunca experimenté la influencia regeneradora del Espíritu Santo. Dígame, señor, ¿puedo ser un verdadero creyente en Cristo si tengo dudas y temores?". Mi respuesta es simplemente esta, no hay ninguna Escritura que diga: "El que creyere, será condenado, si esa fe estuviere mezclada con dudas". "El que creyere será salvo," aunque esa fe sea poca, y aunque esté entremezclada con multitudes de dudas y temores.

Recordáis aquella memorable historia de nuestro Salvador, cuando estaba a bordo de un barco con sus discípulos. Los vientos rugían, el barco se balanceaba de un lado a otro, el mástil se tensaba, las velas se rasgaban, y los pobres discípulos estaban llenos de miedo: "¡Señor, sálvanos o pereceremos!". Aquí estaban las dudas. ¿Qué dijo Jesús cuando los reprendió? "¿Por qué teméis, hombres sin fe?" No, "Oh vosotros de poca fe". Así que puede haber poca

fe donde hay grandes dudas. Hay luz al atardecer, aunque haya mucha oscuridad, sin embargo hay luz. Y si tu fe nunca llega al mediodía, si sólo llega al crepúsculo, eres un hombre salvo.

Es más, si no llega al crepúsculo, si tu fe no es más que la luz de una estrella, aún como la luz de una vela, aún como una chispa, si no es más que una chispa de luciérnaga, estás salvado, y todas tus dudas, y todos tus temores, y tus angustias, por terribles que sean, nunca podrán pisotearte en el polvo, nunca podrán destruir tu alma. ¿No sabes que los mejores hijos de Dios se ejercitan con dudas y temores hasta el final?

Fíjense en un hombre como John Knox. Había un hombre que podía enfrentar los ceños fruncidos de un mundo, que podía hablar como un rey a los reyes, y no temer a nadie; sin embargo, en su lecho de muerte estaba preocupado por su interés en Cristo, porque estaba tentado a la justicia propia. Si un hombre así tiene dudas, ¿espera vivir sin ellas? Si los santos más brillantes de Dios se ejercitan, si el mismo Pablo se guarda bajo su cuerpo para no ser un naufrago, ¿por qué, cómo puedes esperar vivir sin nubes?

Oh, mi querido hombre, abandona la idea de que la prevalencia de tus dudas refuta la verdad de la promesa. Vuelve a creer, elimina todas tus dudas, te hundas o nades, échate sobre Jesús, y no puedes perderte, pues Su honor está comprometido a salvar a cada alma que pone su confianza en Él.

5. "Ah", dice otro, "pero todavía no has dado con mi temor". Yo solía, cuando conocí al Salvador, probarme a mí mismo de cierta manera, y a menudo ponía piedras de tropiezo en mi camino por ello, y por eso puedo hablar muy afectuosamente a cualquiera de ustedes que esté haciendo lo mismo.

A veces subía a mi habitación y, a modo de autoexamen, solía hacerme esta pregunta: ¿Tengo miedo de morir? Si cayera muerto en mi habitación, ¿podría decir que cerraría los ojos con alegría? Pues bien, a menudo me sucedía que no podía decirlo sinceramente. Solía sentir que la muerte sería algo muy solemne. Ah, entonces decía: "nunca he creído en Cristo, pues si hubiera puesto mi confianza en el Señor Jesús, no tendría miedo de morir, sino que estaría muy confiado".

No dudo de que hay muchos aquí que están diciendo: "Señor, no puedo seguir a Cristo, porque tengo miedo de morir, no puedo creer que Jesucristo me salvará, porque la visión de la muerte me hace temblar." Ah, pobre alma, hay muchos de los benditos de Dios, que por temor a la muerte, han estado gran parte de su vida sujetos a esclavitud. Conozco preciosos hijos de Dios ahora, creo que cuando mueran, morirán triunfalmente, pero sé esto, que el pensamiento de la muerte nunca es agradable para ellos. Y esto se explica porque Dios ha impreso en la naturaleza esa ley, el amor a la vida y a la autoconservación.

Y además, el hombre que tiene parientes y amigos, es bastante natural que le disguste dejar atrás a aquellos que le son tan queridos. Sé que cuando tenga más gracia, se regocijará en el pensamiento de la muerte, pero sé que hay muchos muy seguros, que podrían morir triunfalmente, que, ahora, ante la perspectiva de la muerte sienten miedo de ella.

Recuerdo que mi anciano abuelo predicó una vez un sermón que no he olvidado. Estaba predicando a partir del texto "El Dios de toda gracia", y de alguna manera interesó a la asamblea, después de describir las diferentes clases de gracia que Dios daba, diciendo al final de cada período: "Pero hay una clase de gracia que ustedes no quieren". Después de cada frase venía lo de: "Pero hay una clase de gracia que no queréis".

Y luego, terminó diciendo: "No quieres gracia agonizante en momentos vivos, pero tendrás gracia agonizante cuando la quieras". Ahora, te estás probando a ti mismo por una condición en la que no estás colocado. Si eres puesto en la condición, tendrás gracia suficiente si pones tu confianza en Cristo.

En un grupo de amigos discutíamos la cuestión de si, en caso de que llegaran los días del martirio, estábamos preparados para ser quemados. Pues bien, debo decir francamente que, tal como me siento hoy, no estoy preparado para ser quemado. Pero creo que si hubiera una estaca en Smithfield, y supiera que me iban a quemar allí a la una en punto, tendría la gracia suficiente para ser quemado a la una en punto, pero todavía no he llegado a las doce y cuarto, y todavía no ha llegado el momento.

No esperes la gracia moribunda hasta que la desees, y cuando llegue el momento, puedes estar seguro de que tendrás gracia suficiente para soportarla. Desecha entonces esa piedra de tropiezo. Apóyate en Cristo, y confía en un Cristo vivo que te ayudará en la hora de tu muerte.

6. Otra de las perplejidades más dolorosas para muchas almas buscadoras es ésta: "Oh, yo confiaría en Cristo, pero no siento gozo. Oigo a los hijos de Dios cantar dulcemente acerca de sus privilegios.

Los oigo decir que han estado en la cima del Pisga y han visto la tierra prometida, he tenido una agradable perspectiva del mundo venidero, pero, ¡oh, mi fe no me produce gozo! Espero creer, pero al mismo tiempo no tengo ninguno de esos éxtasis. Mis problemas mundanos me agobian, y a veces incluso mis males espirituales son mayores de lo que puedo soportar."

Ah, pobre alma, permíteme arrojar esa piedra de tu camino. Recuerda, no está escrito "El que se regocija será salvo," sino "El que cree será salvo." Tu fe te hará gozoso con el tiempo, pero es igual de poderosa para salvarte aun cuando no te haga gozar.

Miren a muchos del pueblo de Dios, cuán tristes y afligidos han estado. Sé que no deberían

estarlo. Este es su pecado, pero aun así es un pecado tal que no destruye la eficacia de la fe. A pesar de todas las penas del santo, la fe sigue viva, y Dios sigue siendo fiel a Su promesa. Recuerda, no es lo que sientes lo que te salva, es lo que crees. No es sentir sino creer. "Andamos por fe, no por vista".

Cuando siento mi alma tan fría como un témpano, tan dura como una roca y tan pecadora como Satanás, aun entonces la fe no deja de justificar. La fe prevalece tan verdaderamente en medio de sentimientos tristes como de sentimientos felices, porque entonces, permaneciendo sola, demuestra la majestad de su poder. Cree, hijo de Dios, cree en Él, y no busques nada en ti mismo.

7. Por otra parte, hay muchos que están angustiados porque tienen pensamientos blasfemos. También en esto puedo simpatizar de corazón con muchos. Recuerdo cierto sendero estrecho y torcido en cierta ciudad rural, por el cual caminaba un día mientras buscaba al Salvador. De repente, los juramentos más espantosos que cualquiera de ustedes pueda concebir se apresuraron en mi corazón.

Me llevé la mano a la boca para impedirlo. Que yo sepa, nunca había oído esas palabras, y estoy seguro de que nunca en mi vida, desde mi juventud, había pronunciado ni una sola de ellas, pues nunca había sido profano. Pero estas cosas me atormentaban mucho, y durante media hora seguida las más terribles imprecaciones se agolpaban en mi cerebro.

Oh, cómo gemí y lloré ante Dios. Esa tentación pasó, pero antes de muchos días se renovó de nuevo, y cuando estaba en oración, o cuando leía la Biblia, esos pensamientos blasfemos me invadían más que en cualquier otro momento.

Lo consulté con un anciano piadoso. Me dijo: "Oh, todo esto lo han probado ante ti muchos del pueblo de Dios. Pero", me dijo, "¿odias estos pensamientos?". "Sí, los odio", le dije. "Entonces", dijo, "no son tuyos, síveles como las antiguas parroquias solían hacer con los vagabundos: azótalos y envíalos a su propia parroquia. Así", dijo, "haz con ellos.

Gime por ellos, arrepíentete de ellos y envíalos al diablo, el padre de ellos, a quien pertenecen, pues no son tuyos".

¿No recuerdas cómo John Bunyan remata el cuadro? Dice que cuando Cristiano atravesaba el valle de la sombra de la muerte, "se le acercó uno y le susurró al oído pensamientos blasfemos, de modo que el pobre Cristiano pensó que eran sus propios pensamientos, pero no eran en absoluto sus pensamientos, sino las inyecciones de un espíritu blasfemo".

Por eso, cuando estés a punto de aferrarte a Cristo, Satanás pondrá en marcha todos sus motores y tratará de destruirte. No puede soportar perder a uno de sus esclavos, inventará una nueva tentación para cada creyente para que no ponga su confianza en Cristo.

Ahora, vamos, pobre alma, a pesar de todos estos pensamientos blasfemos en tu alma, atrévete a poner tu confianza en Cristo. Aunque esos pensamientos hayan sido más blasfemos que cualquiera que hayas oído jamás, ven y confía en Cristo, ven y échate sobre Él. He oído que cuando un elefante va a cruzar un puente, hace sonar el madero con su pie para ver si lo soportará. Ven tú, que te consideras un pecador elefantino, aquí hay un puente que es lo suficientemente fuerte para ti, aun con todos estos pensamientos tuyos: "Todo pecado y blasfemia te será perdonado." Échale eso en cara a Satanás, y confía en Cristo.

8. Una piedra de tropiezo más y habré terminado. Hay algunos que dicen: "Oh, señor, yo confiaría en Cristo para salvarme si pudiera ver que mi fe produce frutos. Oh, señor, cuando quiero hacer el bien, el mal está presente en mí". Disculpen que siempre traiga mis propios sentimientos como ilustración, pero siento que cuando estoy predicando a pecadores probados, que el testimonio de la propia experiencia es generalmente más poderoso que cualquier otra ilustración que pueda encontrarse. No es, créanme, ningún despliegue de egoísmo, sino el simple deseo de llegar a ustedes, lo que me hace afirmar lo que yo mismo he sentido.

El primer domingo después de venir a Cristo fui a una capilla metodista. El sermón versaba sobre este texto: "¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré del cuerpo de esta muerte?". Acababa de llegar a ese punto de la semana. Sabía que había puesto mi confianza en Cristo, y sabía que cuando me sentaba en aquella casa de oración, mi fe estaba simple y únicamente fijada en la expiación del Redentor. Pero tenía un peso en mi mente, porque no podía ser tan santo como deseaba. No podía vivir sin pecado.

Cuando me levantaba por la mañana pensaba abstenerme de toda palabra dura, de todo mal pensamiento y mirada, y subía a aquella capilla gimiendo, porque "Cuando quería hacer el bien, el mal estaba presente en mí". El ministro dijo que cuando Pablo escribió el versículo que he citado, no era cristiano, que esa era su experiencia antes de conocer al Señor.

Ah, qué error, porque yo sé que Pablo era cristiano, y sé que cuanto más se miren a sí mismos los cristianos, más tendrán que gemir, porque no pueden ser lo que quieren ser.

¿Qué, no creerás en Cristo hasta que seas perfecto? Entonces nunca creerás en Él. No confiarán en el precioso Jesús hasta que no tengan pecados para confiar en Él. Entonces nunca confiarás en Él. Ten por seguro que nunca serás perfecto hasta que veas el rostro de Dios en el cielo.

Conocí a un hombre que se creía un hombre perfecto, y ese hombre era jorobado. Esta fue mi reprimenda a su orgullo: "Seguramente si el Señor te diera un alma perfecta te daría un cuerpo perfecto para llevarla dentro". La perfección no se encontrará de este lado de la tumba.

Tu asunto es confiar en Cristo. No debes depender de nada más que de la sangre de Cristo. Confía en Cristo y estarás seguro. "El que cree en el Hijo de Dios tiene vida eterna".

Es nuestro deber luchar contra la corrupción, es nuestro privilegio vencerla, es nuestro honor sentir que luchamos contra el pecado, será nuestra gloria un día pisotearlo bajo nuestros pies. Pero hoy no esperes una victoria completa. Tu misma conciencia de pecado prueba que estás vivo. El mismo hecho de que no seas lo que quieres ser, prueba que hay en ti algunos pensamientos elevados y nobles que no podrían venir por naturaleza. Estabas contento contigo mismo hace unas seis semanas, ¿verdad? Y el hecho de que ahora estés descontento, prueba que Dios ha puesto una nueva vida en ti, que te hace buscar un elemento más elevado y mejor en el cual respirar.

Cuando te conviertes en lo que quieres ser en la tierra, entonces desespera. Cuando la ley te justifica, entonces has caído de la gracia, pues Pablo ha dicho: "Cuando somos justificados por la ley estamos caídos de la gracia". Pero mientras siento que la ley me condena, es mi gozo saber que creyendo en Cristo, "No hay condenación para el que está en Cristo Jesús, el que no anda conforme a la carne, sino conforme al Espíritu".

Y ahora, aunque he estado tratando de despejar el camino, me siento consciente de que muy probablemente yo mismo he estado poniendo una o dos piedras en el camino. Que Dios me perdone, es un pecado de inadvertencia. Quisiera que este camino fuera tan recto y despejado como lo ha sido siempre una camino entre una ciudad y otra.

Pecador, no hay nada que pueda robarte el derecho a creer en Cristo. Estás libremente invitado a venir al banquete de bodas. La mesa está servida y la invitación es gratuita. No hay porteros en la puerta que te impidan entrar, no hay nadie que te pida un boleto de admisión:

***"No dejes que la conciencia te haga demorar;
Ni que la aptitud te haga soñar tiernamente;
toda la aptitud que Él requiere
es sentir tu necesidad de Él;
esto Él te lo da;
Es el rayo ascendente de su Espíritu".***

Venid a Él tal como sois. Pero ah, yo sé que cuando nos sentamos en nuestros estudios, parece una cosa ligera predicar el Evangelio y hacer que la gente crea en Cristo, pero cuando llegamos a la práctica, es la cosa más difícil del mundo. Si te dijera que hicieras alguna gran cosa la harías, pero simplemente, cuando se trata de que, "¡Crea, te laves y quedes limpio!" No lo harás. Si te dijera: "Dame diez mil libras," me las darías. Te arrastrarías mil millas sobre tus manos y rodillas, o beberías la bebida más amarga que jamás se haya inventado, pero esto

de confiar en Cristo es demasiado duro para tu espíritu orgulloso.

Ah, pecador, ¿eres demasiado orgulloso para ser salvado? Ven, hombre, te lo suplico por el amor de Cristo, por el amor de tu propia alma, ven conmigo, y vayamos juntos al pie de la cruz. Cree en Aquel que cuelga gimiendo allí, oh, pon tu confianza en Él, que ha resucitado de entre los muertos, y ha llevado cautiva la cautividad. Y si confías en Él, pobre pecador, no serás defraudado, no será confianza mal depositada.

De nuevo lo digo, estoy contento de estar perdido si tu estas perdido confiando en Cristo, yo hare mi cama en el infierno contigo si Dios te rechaza, si tu pones tu simple confianza en Cristo. Me atrevo a decir eso, y a mirarlo audazmente a la cara, porque tú serías el primer pecador que fuera desechado confiando en Jesús.

"Pero, oh", dice uno, "no puedo pensar que un miserable como yo pueda tener derecho a creer". Alma, te digo que no se trata de si eres un miserable, o no eres un miserable, sino que el mandamiento es tu garantía. Se te ordena creer. Y cuando una orden viene con poder, el poder viene con la orden, y aquel a quien se le ordena, estando dispuesto, se entrega a Cristo, y cree, y es salvo.

He trabajado esta mañana para tratar de ser lo más claro posible acerca de esta doctrina. Sé que si un hombre es salvo, es obra de Dios el Espíritu Santo de principio a fin. "Si alguno es regenerado, no es por voluntad de la carne, ni de la sangre, sino de Dios". Pero no veo cómo esa gran verdad interfiere con esta otra: "Todo aquel que creyere en Cristo, será salvo". Y quisiera de nuevo, hasta caer de rodillas, como si Dios les suplicara por mí, rogarles: "En lugar de Cristo, reconciliaos con Dios".

Y esta es la reconciliación: "Que creéis en el Señor Jesucristo, a quien él ha enviado", que confiáis en Cristo. ¿Me entiendes? Que te arrojes sobre Él, que no dependas de nada más que de lo que Él ha hecho. Salvos debéis ser, perdidos no podéis estar, si os arrojáis enteramente sobre Cristo, y echáis toda la carga de vuestros pecados, vuestras dudas, vuestros temores y vuestras ansiedades enteramente allí.

Ahora bien, esto es predicar la doctrina de la libre gracia. Y si alguien se pregunta cómo un calvinista puede predicar así, permítanme decirles que ésta es la predicación que predicó Calvino, y mejor aún, es la predicación de nuestro Señor Jesucristo y Sus apóstoles. Tenemos garantía divina cuando les decimos: "El que creyere y fuere bautizado, será salvo; el que no creyere, será condenado".